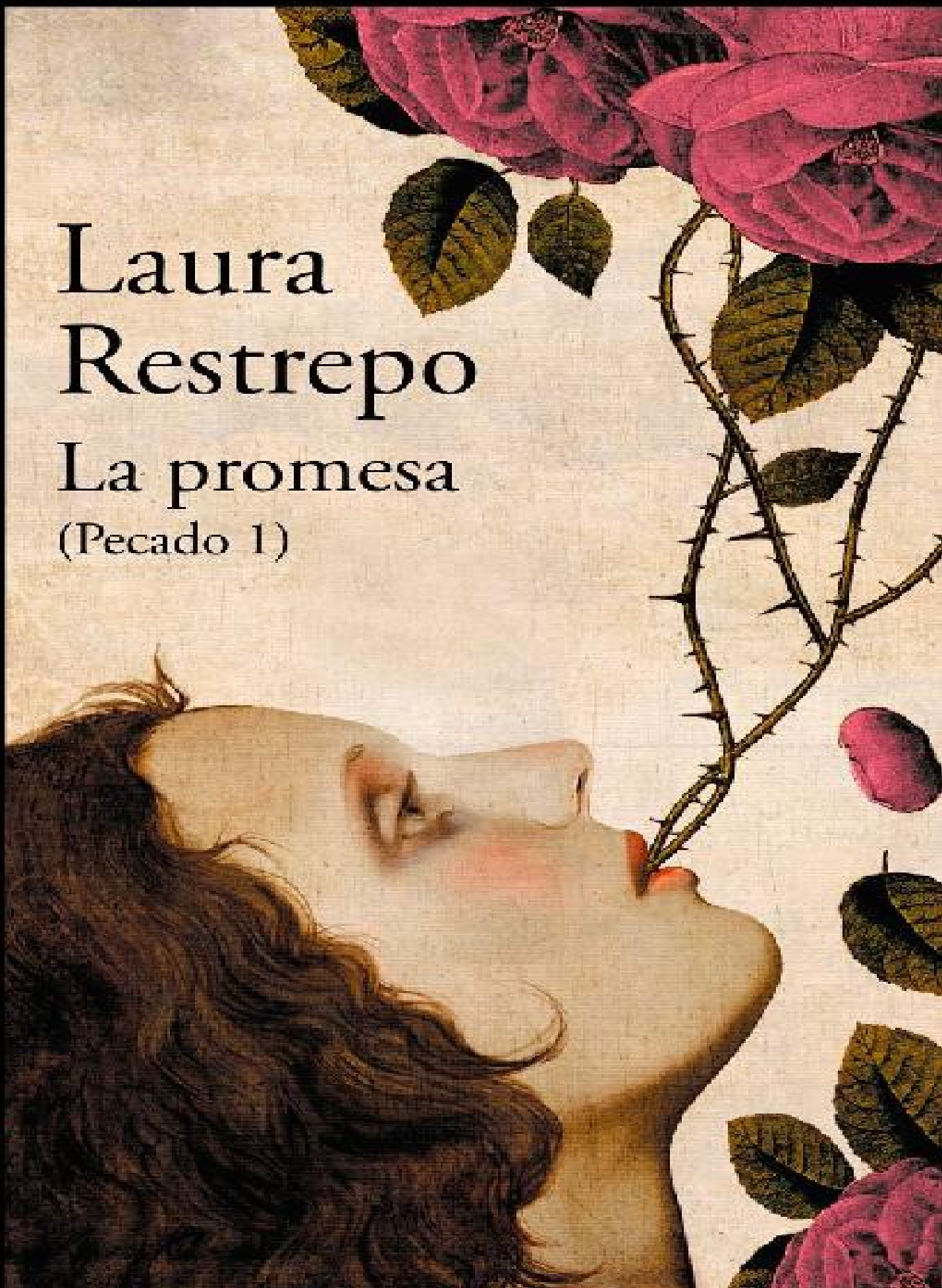
ALFAGUARA



Laura Restrepo

La promesa

(Pecado 1)

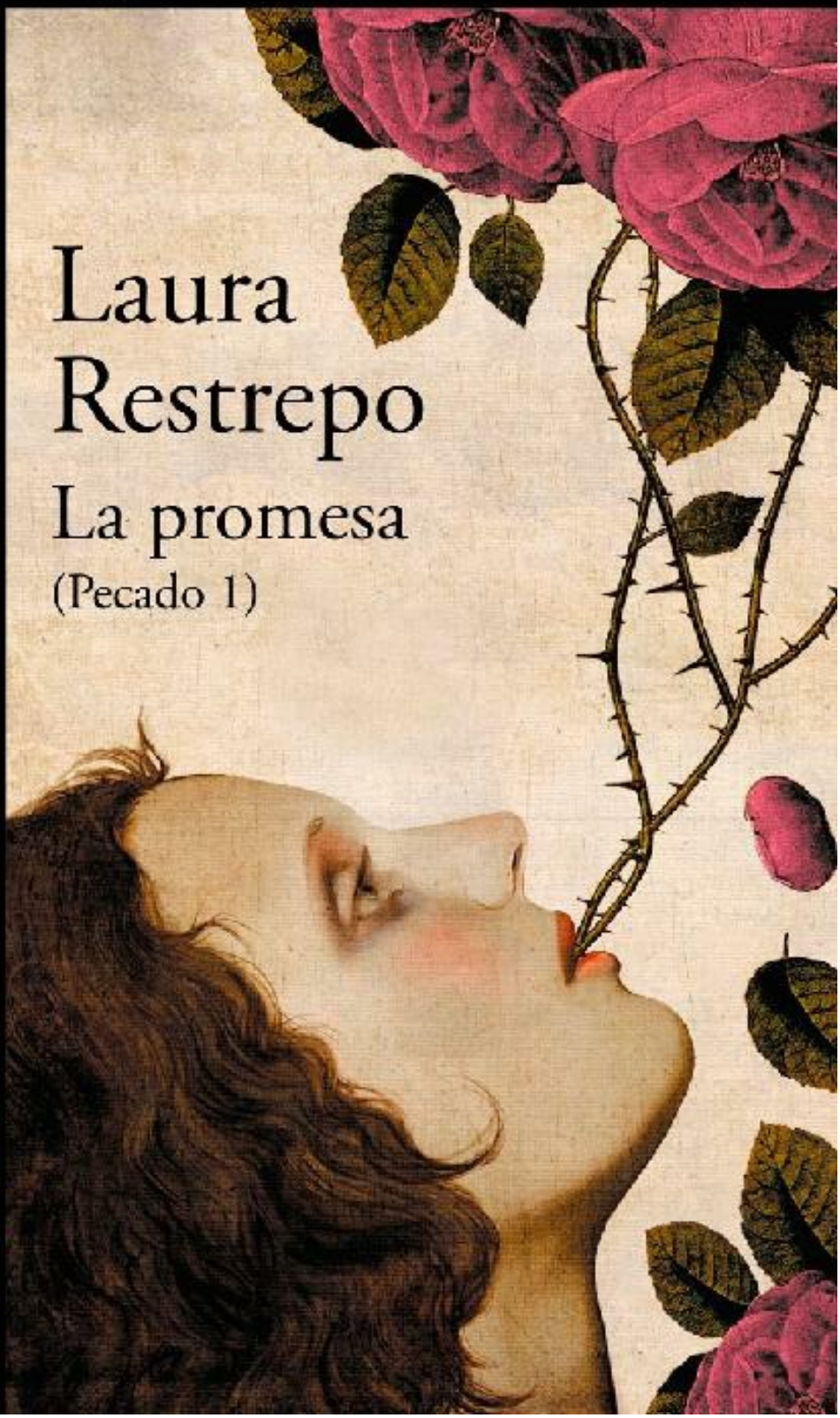
Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

Laura Restrepo

La promesa

(Pecado 1)



Narrativa Hispánica

Laura Restrepo

La promesa

Pecado 1

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleer**

 **@megustaleer**

Penguin Random House Grupo Editorial

LA PROMESA
Un relato sobre el incesto

Primer relato de los siete que componen *Pecado*, el nuevo libro de Laura Restrepo, que se comercializa en digital de forma seriada y con antelación a su publicación en papel, diariamente a partir del 11 de marzo.

«No quería parecerme en nada a mi madre, y sin embargo pensaba en mi padre con palabras que eran de ella: cuando él vuelva... Ella siempre dijo que él iba a volver, sabiendo que no era verdad. Yo lo repetía, pero a diferencia de ella, yo estaba segura de que iba a ser verdad.»

Esta es la voz de la protagonista de «La promesa», un relato sobre una pareja incestuosa perteneciente al libro *Pecado*, donde *El jardín de las delicias* de El Bosco parece haber dejado de estar colgado en el museo y se muestra más real que nunca, vivido por personajes de carne y hueso que nos confiesan al oído su particular relación con el mal. Sobre el lector recaerá el reto moral de condenarlos o, tal vez, de indultarlos.

Con la fuerza y la sensibilidad que caracterizan su literatura, Laura Restrepo indaga en la complejidad ética de la transgresión a través de una narración inquietante, original, por momentos aterradora y al mismo tiempo dulcemente humana. Cada pecado trae consigo su correspondiente culpa, pero también su gota de alivio.

La promesa

Me la pasaba encerrada en el baño. Me gustaba ese lugar porque era el único de la casa que tenía falleba, y ni mi madre ni mi tía podían irrumpir cada vez que les daba la gana. A mi madre la inquietaban mis largos encierros y pegaba el oído a la puerta, imaginando que yo andaba en algo. No eran descabelladas sus sospechas, porque yo me encerraba a odiarla a ella y añorar a mi padre.

Mi madre era una mujer dada a la discusión, a la pelea, al desencanto, y yo me protegía de ella pensando en mi padre.

El baño tenía baldosas azules y blancas, las blancas predominaban y las azules se agrupaban de tres en tres, en forma de ele: imitaban el salto del caballo. Me gustaba el ajedrez, y en el colegio decía que me había enseñado a jugar mi padre. Eso no podía ser cierto, porque él se había ido cuando yo tenía tres años.

Me decían que reía en sueños; creo que yo soñaba con su regreso. A mi lado siempre estaba, siempre, la presencia de mi padre, que era una enorme ausencia.

A partir de los siete años me solté a leer, y de ahí en adelante no he parado nunca. Sabía que mi padre era un gran lector, un profesor de latín que de vez en cuando me mandaba desde Europa libros ilustrados en idiomas que yo no comprendía. Mi padre era esos libros, que yo adoraba. Era esas ilustraciones sin palabras, o acompañadas de palabras en clave, que me hipnotizaban y que imantaban mis días.

Esforzándome por adivinar el significado de esas láminas en colores podía pasarme semanas, y hasta meses, inventando y desarmando y volviendo a inventar unos relatos enredados y dramáticos que suponía ligados a cada ilustración, pero en los que siempre éramos protagonistas mi padre y yo. Yo no tenía padre pero lo tejía a punta de historias, me encerraba a fabularlo: me iba descubriendo a mí misma a medida que lo construía a él. El baño era el lugar de mis pesquisas secretas, el laboratorio donde destilaba mis mejores mentiras, las que se volvían más verdaderas que todo lo demás.

Uno de los libros enviados por mi padre contenía versiones para niños de algunas obras de Shakespeare, y ahí venía la ilustración que más me obsesionó durante años. Ahí estaba, y debajo traía las palabras *Cordelia disowned by Lear*. Cordelia era una muchacha rubia con una cara muy dulce y muy triste, y la otra figura, imponente y temible, era la de un hombre envuelto en un manto rojo, que debía ser rey porque tenía corona. En los diccionarios pude averiguar que se trataba de un padre y su hija, que *disowned* quería decir repudiada, y que repudiada quería decir rechazada, maldecida, apartada, abandonada.

Cordelia *disowned* by Lear. Más adelante tuve noticia de otras conjuras lapidarias como aquélla. Sentencias pronunciadas en clave incomprensible y pavorosa, como el Mene, *Mene, Tekel, Ufarsin* de la Biblia, el *Morituri te salutant* de los gladiadores romanos, el *Helter Skelter* de la tribu Manson. La niña que fui llevaba por dentro su propia conjura: *Cordelia disowned by Lear.*

Me gustaba mi nombre, Ana, porque me decían que lo había escogido mi padre, y en mis cuadernos escribía muchas veces Ana, Ana, Ana, el nombre que él había querido que yo llevara. Y también escribía muchas veces Perucho, Perucho, Perucho, el nombre que yo había escogido para él.

Mon père: me gustaba repetir esas palabras, mon père. ¿Por qué en francés? Quién sabe. Tal vez porque él andaba por países lejanos y hablaba lenguas que yo desconocía. En todo caso él no era mi padre, sino mon père. Él era Père, Perito, Perucho. Él era mi Perucho.

Mi hermano y yo vivíamos con mi madre en casa ajena, y ella se encargaba de repetirnos que ahí estábamos arrimados gracias a la caridad de mi tío. Pero que todo sería distinto cuando mi padre regresara, porque entonces sí, tendríamos casa propia y seríamos una verdadera familia.

Mi padre era para mí una verdadera familia, mi padre era una casa propia. La familia y la casa que sin él a duras penas teníamos. Un día me llegó un regalo suyo que no eran libros, sino una cajita de música en forma de burbuja de cristal. Adentro tenía una cabaña suiza, y si le dabas vuelta, caía un chaparrón de nieve sobre su tejado suizo. Entre tanto sonaba *Für Elise*. Desde entonces mi padre fue una cabaña suiza en la nieve. Mi padre Beethoven, y yo su Elise.

No fueron muchos sus regalos, tal vez me llegaron cuatro o cinco veces en todos esos años. Suficiente para que yo supiera que él me recordaba.

No quería parecerme en nada a mi madre, y sin embargo pensaba en mi padre con palabras que eran de ella: cuando él vuelva... Ella siempre dijo que él iba a volver, sabiendo que no era verdad. Yo lo repetía, pero a diferencia de ella, yo estaba segura de que iba a ser verdad.

Tenía una foto de él. Un hombre alto, flaco, con ojos de basset hound. Me gustaba su sonrisa porque creía que me sonreía a mí, y como aparecía mirando a la cámara, me ilusionaba pensar que me miraba a mí.

En algún momento me enteré de que se había casado en segundas nupcias con una alemana, y que allá tenía dos hijos. O sea que mi padre ya tenía una casa propia que no era en Suiza, y vivía con una mujer que no era mi madre, y quería a dos hijos que no éramos mi hermano y yo. Creo que él mismo me lo contó en una carta, que rompí sin terminar de leer. La noticia no me interesó, y la olvidé enseguida. O tal vez olvidé un poco a mi padre, al menos por un tiempo.

A los quince me eché todo el *Quijote*, y juraba que mi padre era idéntico a él: otro caballero de la triste figura. A los dieciséis ya andaba yo de novia, de un español que se llamaba Juanjo. Lo veía a escondidas porque mi madre lo odiaba. No leía nada, Juanjo, no estudiaba nada, pero me llevaba a pasear en su moto y me enseñaba a conducirla. Él era unos diez años mayor y yo una adolescente estupenda: alta, fuerte y linda. El trabajo de él era incierto; decía que en publicidad. Yo era virgen y un día le pedí que me hiciera el amor. Me llevó a un cuartucho de atrás de su oficina, y ahí lo hicimos. Estuvo bien, me gustó bastante. Al final me entró un poco de angustia, y le pregunté si se iba a casar conmigo. Él me dijo que sí. No era mal tipo, Juanjo. Creo que mi madre lo detestaba por la sospecha de que yo tenía sexo con él. Mi madre era alérgica a todo lo que tuviera que ver con sexo. Y en cambio yo, que había descubierto que el sexo era un pasatiempo agradable, me iba con Juanjo al cuartucho cada vez que ella bajaba la guardia.

Cuando me gradué del colegio sucedió algo extraordinario. Mi madre tuvo una idea. Una idea extraña, viniendo de ella. De regalo de grado, me dio un pasaje de avión para que fuera a visitar a mi padre, que por entonces vivía en Estados Unidos. ¿Sería posible semejante cosa, tan portentosa? ¿Sería cierto que por fin iba a su encuentro? La cabeza me zumbaba, no podía dormir, tocaba el cielo con las manos, no pensaba en nada más, el pobre Juanjo trataba de

adivinar qué me estaba pasando. Yo ni bolas le ponía, ni a él ni a nadie, porque me había instalado a vivir en otro planeta. Me había llegado el momento desde siempre esperado, y de ahí en adelante yo sería otra. De hecho ya era otra, porque iba a ver a mi padre.

Nunca entendí por qué hizo eso mi madre, si no me quería. Ella sólo quería a su propio dolor, estaba enamorada de su condición de abandono, y yo le resultaba un estorbo. ¿Por qué lo hacía, entonces? ¿Por qué me mandaba donde mi padre? ¿Acaso como gancho? ¿Me utilizaba como una especie de emisario, o de señuelo para que él regresara? O a lo mejor la pobre sólo había querido hacerme un bonito regalo. Fuera lo que fuera, me tenía sin cuidado; en ese momento sus motivos no podían importarme menos.

Volaba más alto que el avión cuando partí rumbo a Nueva York, tal era mi ansiedad. Me había vestido de mujer adulta, con sastre azul marino, blusa blanca, pañuelito al cuello y zapatos negros de tacón alto; debía parecer azafata. ¿Cómo iría a ser el encuentro? A él, yo lo reconocería enseguida, dondequiera que estuviera, así viniera disfrazado de conejo. Pero él, ¿sabría cómo era yo? Nunca le había enviado una foto mía, en realidad llevaba años sin escribirle siquiera. ¿Y si no estaba esperándome? Yo iba sin su teléfono, sin su dirección. ¿Qué iba a hacer si él no estaba en el aeropuerto? Me bajé de ese avión como quien se tira al vacío sin paracaídas.

En Nueva York empezaba el verano. Las mujeres llevaban vestidos anchos, de telas floreadas. Y casi enseguida lo vi, ni siquiera tuve que buscarlo, era tan alto que sobresalía entre la gente agolpada a la salida del desembarco. Y cómo no iba a reconocerlo, si era tan igual a mí. Ya me lo había advertido mi madre, *él y tú se parecen como dos gotas de agua.* Y resultó verdad, ese hombre que estaba ahí tenía mi mismo empaque, y hasta sus dientes eran como los míos. Él con entradas en la frente amplia, un buen poco de canas y unos ojos tristes de basset hound, tal como yo los soñaba.

Ante mí tenía de golpe todo lo que esperaba de él, y de alguna manera también todo lo que esperaba de mí misma. En cierto modo éramos como dos seres que se conocieran en ese momento, y en cierto modo vivíamos el reencuentro de dos seres que fueran la misma persona.

Lo abracé y le dije: Perucho.

No supe decirle más.

Fue un abrazo largo, apretado, muy largo y apretado, y sin palabras. Ninguno de los dos soltaba al otro, como para compensar tantos años de distancia. Yo lo olía, aspiraba su agua de colonia, sentía la textura un poco áspera del paño de su saco, y si entreabría los ojos alcanzaba a ver la piel de su cuello muy de cerca, como con lupa. Una franja de piel que sobresalía de su camisa y quedaba a la altura de mis ojos. A juzgar por ese retazo de piel, mi padre era más moreno de lo que yo imaginaba. Mi padre, tan lejano como un recuerdo y tan borroso como una fotografía, de repente se convertía en una franja de piel detallada en cada poro, cada pelo, cada lunar, casi en cada célula. Toda la vida añorándolo, y ahora tenía a dos centímetros de mis ojos el palpitar de su arteria carótida, y sentía contra mi pecho los latidos de su corazón. Cuando se rompió el abrazo y pude verle la cara, fue como mirarme al espejo.

Enseguida me anunció que nos quedaríamos unos días en Brooklyn, en un apartamento que le habían prestado, y como no habló de su esposa alemana, ni de los hijos que tenía con ella, yo supuse que se habría separado. Y así era, había roto en Europa y se había venido solo para Estados Unidos. Pero eso lo supe después, en ese momento no más registré que no los mencionaba. Ni tampoco a mi madre, en realidad, ni a mi hermano; por ellos ni preguntó. Pero a

mí eso no me cayó mal, más bien se lo agradecí. Ése era el gran momento de mi vida, mi encuentro con mi padre, y todo lo demás sobraba.

Los días de Nueva York pasaron volando. Recorrimos de arriba abajo el Central Park y el Metropolitan, el Village y el Soho, felices de estar el uno con el otro. En una de las estaciones del metro, él paró en seco en medio del tumulto, me miró entre divertido y sorprendido, como viéndome por primera vez, y me dijo que me había convertido en una mujer inteligente y muy bella. Yo me puse dichosa, orgullosa como un pavo real. Ni se me pasó por la mente recordarle que era apenas una niña.

Todo en él me atraía, su aliento a cardamomo (masticaba esas semillas), su voz densa y serena, sus camisas de cuadritos, sus jeans escurridos en las nalgas, como los de todo flaco de piernas largas. Me gustaba ese empaque suyo de monje adusto pero sensual. Todo en él me hacía pensar en los *Carmina Burana,* de Orff. Cuando él supo de mi predilección por esa música, me llevó a escucharla en un concierto en el Avery Fisher Hall, y luego consiguió la letra y me la tradujo del latín y el alemán antiguo, *destino monstruoso y vacío, tu rueda da vueltas, perversa, vano bienestar que se disuelve en la nada,* él sentado en un sillón, divertido con la desfachatada chacota a la moral que contenían esos versos, y yo a sus pies en actitud de adoración, escuchándolo arrobada. Me gustaba la manera como se encajaba las gafas de trotskista en el puente de la nariz. Los lentes, que hacían de aumento invertido, me permitían examinar el entramado de rayitas blancas que se extendían alrededor de sus ojos, contrastando con el tono asoleado del resto de su piel. Eran la marca de los años, esas arruguitas, el talón de Aquiles de su cara.

Me parecía el hombre más guapo del universo mundo, aunque ahora que miro la única foto suya que conservo, se me ocurre que tal vez no lo fuera tanto. Ni tan monje, ni tan misterioso; más bien un cuarentón flaco. Y atractivo, eso sí, desde luego.

No habrían pasado ni dos semanas cuando a él le salió uno de los nombramientos que estaba esperando; lo contrataban de tiempo completo en una universidad de la Florida, y para allá nos fuimos.

Al llegar, alquilamos un apartamento amoblado. Era pequeño pero luminoso, con vista a unos prados y a una franja de mar que alcanzaba a verse a lo lejos. Los muebles no eran nada especial pero tampoco ofendían, y el lugar venía con sábanas y platos y lo indispensable: como casita de muñecas. Yo estaba encantada, sobre todo porque la universidad quedaba cerca y podía ir a pie, y él me apoyaba en mis planes de matricularme en estudios de literatura. Era mi primera vivienda sin mi madre y sin mi tía, y eso me daba una sensación estupenda de libertad. Aquello no sería en Suiza, ni le caería la nieve, pero en cambio tenía sol y mar. Lo primero que hice al llegar fue bajar al supermarket, comprar una docena de manzanas, arreglarlas en un gran bol y colocarlas al centro de la mesa. Fue mi manera de apropiarme de esa casa: mi primera casa, por fin casa propia, aunque fuera alquilada.

Constaba de salita comedor, terraza y dos alcobas. Él se instaló en la más pequeña, que tenía camas gemelas, y a mí me dejó la otra, con mejor vista, una cama doble, buen clóset y un escritorio con cajones.

Frente a mi cama colgaba un afiche. Era una reproducción de *El jardín de las delicias,* del Bosco, y para mí ésa fue una buena señal, y me hizo gracia ver ahí en la reproducción, en medio de tanto bicharraco abyecto, a Adán y Eva, par de abuelos, ellos sí cándidos y plácidos, todavía

libres de culpa como un par de muñecos, o de gusanitos blancos. Desde niña me obsesionaba ese cuadro, que aparecía destacado a todo color y doble página en un libro de arte de mi tío que yo sacaba a escondidas de la biblioteca para encerrarme con él en el baño, donde me pasaba las horas inspeccionando sus figurinas perversas y atormentadas. Las repasaba una por una y sin perder detalle, hondamente interesada en esas maldades peculiarísimas y más intrigantes que los famosos pecados capitales que me hacían memorizar en clase de religión. Creo que aprendí más de lujuria con ese cuadro que con las *Playboy* y las *Penthouse* que mi hermano escondía arriba del armario. Precisamente el baño parecía un buen laboratorio para la investigación escatológica que propiciaba el Bosco, en particular en la esquina del tríptico dedicada a infracciones digestivas. Ahí estaba ese pajarraco que se apoltronaba en un retrete con un caldero a manera de gorro y un trajecito azul. Y ese otro que vomitaba, y el que cagaba monedas de oro. A un pobre le habían encajado en el ano un sofisticado instrumento musical, otro pedaba humo negro, y los más desgraciados literalmente se ahogaban en un pozo de mierda.

Allí en Florida *El jardín de las delicias* se cruzaba otra vez en mi camino, y era como el reencuentro con un viejo amigo.

El apartamento tenía un solo baño que quedaba en medio de los dos cuartos, con una puerta hacia uno de ellos y otra puerta hacia el otro.

Ese baño fue en sí mismo como un rito de paso, una iniciación, un puente, casi una invitación. Desde mi cama yo podía oír todo lo que mi padre hacía ahí adentro, si tosía, orinaba o se lavaba los dientes. Y esos ruidos secretos pero compartidos resultaban de una intimidad perturbadora, de una familiaridad indebida y al mismo tiempo irresistible. Es mucho lo que te puede pasar por la mente cuando el otro está desnudo bajo la ducha y hasta ti llega el vapor.

Supongo que a él, de su lado, debía sucederle otro tanto... cuando era yo la que entraba, y cada noche en ese apartamento se encendía una reverberación, una expectativa, una agitación a duras penas contenida, como si un cable de alta tensión pasara de un dormitorio al otro a través del baño.

Ya al día siguiente la tensión bajaba con el desplazamiento de la acción a la cocina, la terraza o el comedor, con la televisión prendida en el noticiero, las prisas por no llegar tarde, la comida compartida, toda esa cadena de gestos domésticos que colocaban a cada quien en su lugar, y volvían a dejar claras las pautas de una vida en familia. La luz del sol no era cómplice: imponía distancias que no se podían franquear.

En cambio la noche, con sus luces apagadas, se prestaba pavorosamente a la confusión.

No sé cómo pasó, si yo dejé abierta mi puerta hacia el baño, o si fue él quien se atrevió y la abrió. No tengo claro quién dio el primer paso. Podría echarles la culpa a las circunstancias, o a mi madre por haberme enviado allí. Podría culparme a mí misma, y de hecho lo hice durante años. Ante todo podría culparlo a él, a nadie más que a él. Debía culparlo a él, y con el tiempo aprendí a hacerlo. Podría inclusive hacer algo tan tonto como echarle la culpa a ese baño atravesado, o a *El jardín de las delicias.* Pero sigue habiendo en mí una convicción que nada ni nadie ha logrado extirpar: aquello fue un llamado ancestral, profundo, como salido de la entraña de la especie, y a ese llamado respondimos los dos.

Empecé a vivir con mi padre una especie de rutina de días apacibles y noches de mucho sexo.

Él tenía unas erecciones que duraban eternidades, y era un amante emprendedor y silencioso. En general conversábamos mucho, básicamente de literatura, pero durante las largas sesiones de cama él no pronunciaba palabra. Mucho movimiento sin sonido, como en cine mudo. Me quedaba dormida cuando ya no podía más con tanto ajetreo nocturno, y en cambio él seguía despierto, creo que la noche entera. En la duermevela yo lo adivinaba ahí, a mi lado, mirándome, y aun dormida podía sentir la insistencia de su mirada. Él me decía que me había visto reír en sueños, y yo le respondía que estaba soñando con su regreso. Se dormía al amanecer y se levantaba entrada la mañana, cuando yo llevaba rato revolando.

¿Cómo era él en realidad? Todavía hoy me lo pregunto. Creo que en esos días de convivencia lo veía tal como lo había imaginado a lo largo de sus años de ausencia: un hombre serio, guapo, lector, taciturno. Eso veía en él, o eso quería ver. Debía haber mucho más, o mucho menos, pero mi mirada era unilateral y empecinada.

Por las tardes él dictaba sus clases y mientras tanto yo leía en la biblioteca, recorría el campus en cicla, lo esperaba. Compartíamos lecturas, caminábamos juntos, íbamos de vez en cuando al cine o a la playa. Cuando era su turno de cocinar, comíamos en casa, y cuando era mi turno, salíamos por pizza. Supongo que convivíamos como una pareja bien avenida de recién casados. Pero ante sus colegas de la universidad, él me presentaba como su hija. Ésta es Ana, mi hija, acaba de terminar bachillerato y está aquí para empezar estudios de literatura. Así les decía y eso sonaba muy natural. *Era* muy natural, al fin y al cabo era la verdad, yo era eso, su hija, y mi mayor sueño era estudiar literatura y llegar a ser profesora universitaria, como él. Negar que éramos padre e hija hubiera sido imposible, físicamente nos parecíamos demasiado y desde luego la enorme diferencia de edad nos habría puesto en evidencia. Y para qué negarlo, no había necesidad, ante los ojos de los otros seguramente parecíamos un padre y una hija, gentes normales, sin más ni más.

Por alguna razón, yo no me sentía incómoda con lo que estaba pasando. Yo era básicamente una muchacha enamorada, enamorada perdida de ese hombre que estaba con ella. Por fin me encontraba en el lugar donde siempre había querido estar: en los brazos de mi padre.

Andábamos encantados el uno con el otro. Ésa es la palabra, encantados: vivíamos en un estado de encantamiento. Él era un conversador extraordinario, pero puntillosamente selectivo. Siempre teníamos temas pendientes, que no incluían los de la vida real. De eso no se hablaba, y no había ajuste de cuentas. Como si el pasado no existiera, yo no le preguntaba por qué había desaparecido abandonándonos. Ni yo le pedía explicaciones, ni él me las daba. De literatura le hacía mil consultas, de cine, de música, de historia, y él se extendía en respuestas ingeniosas y bien documentadas. Disfrutaba enseñándome, y yo aprendiendo de él. Pero nunca le preguntaba nada de nosotros, y menos de amor. No decíamos ni un te quiero, ni un para siempre, ni qué felices somos. Nada de eso. No sé si evitábamos esa clase de frases, o si simplemente no les encontrábamos utilidad. En todo caso eran palabras que no cabían, y pronunciarlas hubiera sido desgarrador. Habrían roto el hechizo. La clave era no nombrar, no juzgar, no cuestionar, sólo dejarse llevar. Ése debía ser el acuerdo tácito que los dos cumplíamos, aunque nunca lo hubiéramos formulado. Recuerdo que por entonces yo ya había leído *Lolita*, y aunque discutíamos sobre todos los autores habidos y por haber, a Nabokov ni se lo mencionaba. Como si evitáramos terreno minado.

Las cosas simplemente se daban, marchaban solas y no les poníamos nombre. Quizá porque eran cosas que no tenían nombre, o porque el nombre que tenían debía ser aterrador.

Los días iban pasando tan suavemente, que llegué a pensar que podríamos seguir así para

siempre. Se estaba cumpliendo un destino. Él era el hombre de mi vida, yo había vivido para esperarlo, ahora lo tenía conmigo y él era para mí como un dios. Si para él todo estaba bien, entonces para mí también: las cosas iban sucediendo como tenían que suceder. Hasta que una noche sucedieron de otra manera.

Llevábamos mucho rato haciendo el amor, dedicados a ello con el furor de siempre. Y él no se venía. No podía acabar: siempre le sucedía igual. Y sin embargo esa vez se apartó de mí con brusquedad y empezó a golpearse la cabeza contra la pared, cada vez con más violencia. Se daba como un demente, como si de veras quisiera romperse el cráneo, y yo me asusté. Yo ahí, mirándolo petrificada, sin saber qué hacer, mientras él se golpeaba la frente, embistiendo la pared como un poseso.

¡¿Por qué hace eso, Perucho?!, le gritaba yo. ¿No ve que se lastima? Pare, Perucho, se lo ruego. ¡No se pegue más, que me asusta!

En realidad no era la primera vez que lo hacía, ya había pasado antes, eso de que interrumpiera las escenas de amor para golpearse la cabeza. Pero antes había sido menos rudo, o más breve, y yo lo había interpretado como una actuación, como si lo hiciera de impotencia por no eyacular. Al menos eso creí, y la primera vez no le di importancia, o las primeras veces, porque aquello me parecía una suerte de ritual, más teatral que otra cosa. Pensando en su frente aporreada, hoy me viene a la mente un párrafo de Banville: ... *sospecho que saboreaba la blasfema insinuación de corona de espinas que era aquello. Pues lo que hacíamos juntos siempre estaba dominado por una leve, muy leve, y enfermiza religiosidad.*

Todo lo que nos sucedía era punzante y contradictorio. Él no podía eyacular. Vale. ¿O no quería? Fuera por lo uno o por lo otro, menos mal. Perdonando la blasfemia, gracias a Dios no lo hacía. Porque la procreación marcaba con fuego el límite del límite, el bestial final del juego. Sobra decir que yo usaba anticonceptivos, pero igual agradecía que él no se viniera. Y al mismo tiempo lo resentía, lo interpretaba como una abstención de su parte, un refrenarse, una falta de entrega. No sé cómo explicarlo, digamos que me inquietaba también que él no firmara sus libros, ni los subrayara; el hecho de que los leyera de principio a fin sin dejar su marca en ellos. Y yo resentía que estuviera haciendo más o menos lo mismo conmigo.

¿Y los golpes que se daba? Esa noche distaban de ser leves. Era escandalosa la arremetida contra la pared, e iba tomando un aire de sacrificio. Se convertía en penitencia, en un autocastigo severo y brutal. Era como si él quisiera expiar una culpa monstruosa.

Ya luego se contuvo, tal vez porque me vio llorar, pero todavía se asestó un par de tramacazos finales, fuertes, como tirando a matar. A mí su violencia me sacudía como un electrochoque, y no porque él me golpeara, eso no, hasta ese momento nunca me había agredido. Y sin embargo sentí miedo, como ante un perro manso que de pronto tira la tarascada. Ahora la emprende contra mí, pensé, y me asusté en serio.

Por primera vez se me ocurría pensar que mi padre podía estar loco. Nunca antes lo había visto desde fuera, como alguien ajeno a mí, de naturaleza distinta a la mía, y mi estupefacción fue enorme, tanto como hasta entonces había sido la simbiosis. En unos instantes, la devoción incondicional se convertía en rechazo.

¡Pare, Perucho, se lo ruego, pare! Pero él no paraba. Entonces me retraje hecha un ovillo, encerrándome en mí misma y refugiándome en la curva de mi propia espalda como en un caparazón. Algo estaba disolviéndose en mi interior, algo se derretía como hielo al sol, algo

estallaba como un grano de pus, como una fruta que se pasa de madura: una situación insostenible que se cae por su propio peso. Algo cambiaba y me desgarraba, dejándome suspendida entre el alivio y el espanto.

De repente Perucho aparecía ante mis ojos como un hombre común y corriente, y justamente eso era lo monstruoso, lo aterrador. Mi padre ya no era Lear, ni era Beethoven, ni era don Quijote. Perucho era apenas Perucho, ese extraño sin nombre que por alguna incómoda razón yacía desnudo a mi lado, y que se daba golpes y más golpes en la frente. Y al mismo tiempo sí, mi padre era Lear y era Beethoven y era Quijote, pero era sólo eso: por primera vez yo caía en plena cuenta de que mi padre era un ser inventado por mí.

Ahora por fin lo veía claro: mi verdadero padre, mi Perucho, mon père, existía sólo en las historias que yo me había contado a mí misma en ese baño de baldosas blancas y azules en forma de ele, como el salto del caballo. Mi padre era ese ajedrez que durante años yo había jugado sola, conmigo misma o contra mí misma, en los encierros de un baño con falleba. Mi padre era los libros que él me mandaba y yo no podía leer, pero que adivinaba. Mi padre era mis historias, las que yo misma había ido hilvanando en la alucinada soledad de mi niñez. Mi padre era todo eso, *y no esto:* mi padre no estaba aquí. Y al mismo tiempo sí, ese hombre desconocido y desnudo que lloraba a mi lado *era* mi padre, y eso era lo monstruoso, lo aterrador.

Por fin él se detuvo, supongo que al verme tan descompuesta, o habrá sido porque ya le estaba doliendo demasiado. Intentó tranquilizarme, me trajo un té de hierbas que no me tomé, me arropó con las cobijas, se abrazó a mí y cayó agotado, como exánime. Por primera vez se durmió antes que yo.

Esa noche fue para mí como el fin del sueño, el despertar del estado de hipnosis en que me encontraba. No quise apagar la luz, no hubiera resistido la oscuridad. Seguía temblando: en los ojos de mi padre había visto la chispa de la demencia. ¿O era yo la enloquecida?

Al frente tenía *El jardín de las delicias*, que ahora me miraba. El cuadro me miraba a mí, como envolviéndome, o tragándome viva con sus miasmas del pecado. Los estados alterados se reproducían en la pintura y fuera de ella. ¿En qué clase de bicho me estaba convirtiendo? El viejo Bosco, mi amigo, de pronto era una amenaza. O una advertencia. ¿En qué andaba yo metida? ¿Qué vuelta salvaje había dado mi vida?

No podía apartar la atención de una charca que el Bosco había pintado en una esquina de su *Jardín*, y que había poblado de insectos anfibios, escurridizos y patudos, de diminutos ojillos blancos. Un gusano irritante y tóxico con tres cabezas salía de esas aguas y se arrastraba como queriendo penetrar en la cueva que tenía delante. Sus tres cabecitas buscaban algo. Cada una miraba en una dirección, y buscaba. Yo pensaba: Si me duermo, el tres cabezas podrá encontrarme. Gusanos negros enturbiaban la charca y querían meterse en mí, para instalarse en mis resquicios. Uno de ellos tenía forma de lagartija de espalda roja, y su cabeza crecía desproporcionadamente. Era como si esas orugas y esas larvas contaminaran mis pensamientos y convirtieran mi interior en un lugar malsano. Yo cerraba los ojos y apretaba los párpados para impedir su entrada, pero ellos se instalaban en mí, me dañaban por dentro y necrosaban mi cerebro con sus esporas.

Empezó a envolverme una urgencia, una voz de alarma, una necesidad inmediata de salir corriendo. En medio de su confusión, mi cabeza sólo tenía cabida para una idea, cada vez más fija, cada vez más clara: Tengo que buscar aire fuera de este cuarto.

El contacto con el cuerpo de él se me volvió intolerable, y su presencia hostil. Su abrazo me aprisionaba como un cepo. Hasta mi cara llegaba el soplo de su aliento, y el olor a semillas me

asfixiaba. No quería saber nada de su piel, ni oler su respiración. Sólo quería apartarme, librarme de esa intimidad que ahora me intimidaba, y me repugnaba, y me producía espanto. El vaho de su cuerpo, la humedad de su pelo, los moretones de la frente, todo lo suyo era indeseable y ajeno y demasiado físico, y me envolvía y me quemaba, y yo me apertrechaba en mi ovillo y me defendía con el caracol de mi espalda, y me repetía a mí misma esa idea fija que se me volvía mandato: Debo irme.

Lear disowned by Cordelia: se me apareció invertida la sentencia de la vieja lámina. *Lear disowned by Cordelia* en caracteres que podrían haber estado cincelados en el muro. *Lear disowned by Cordelia.* Esa frase me invadió, y me aferré a ella como a un talismán.

Traté de dormir, sabiendo que al día siguiente debía estar lúcida y alerta. Pero la noche se escurría gota a gota y yo seguía despierta, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, refugiándome en el borde más extremo de la cama, donde el calor de su cuerpo no me alcanzara. Contaba las horas que faltaban para que amaneciera y la mañana me abriera alguna puerta. Todo era desconcierto, salvo la idea fija: Tengo que irme.

Medio dormido me preguntó si estaba bien.

Voy al baño, le dije y me levanté. Pero lo que hice fue descolgar el Bosco y ponerlo cara a la pared.

¿Qué había cambiado? ¿Por qué todo parecía distinto, como teñido ahora por el asco? Tal vez esos golpes tan ruidosos me indicaban que él sentía culpa, que sus silencios escondían una culpa atroz. Era la primera vez que yo lo percibía así, antes no lo sospechaba siquiera, las cosas parecían tan naturales, tan benéficas, casi tan lógicas. Hasta ese momento.

A partir de ahí, todo se enrareció. Si había tanto dolor y tanta culpa, era porque aquello estaba mal. Horriblemente mal. Aquello era monstruoso y mi padre se castigaba por eso. Mi relación con él era cruel, culpable, repugnante. Y sentí náuseas y urgencia de salir corriendo. Por algún mecanismo revelador, la culpa que ahora adivinaba en mi padre arrasaba con cualquier ilusión que yo hubiera podido tener con respecto a él. Su culpa era el disolvente que ponía fin a mis sueños de niña, su culpa era un lente ahumado que ensombrecía lo que antes era luminoso, su culpa hacía estallar la última burbuja de infancia que me ataba a él.

A lo mejor las cosas eran más sencillas y él se daba golpes contra la pared porque no lograba eyacular, así de simple, y mi exaltación estaba añadiendo el resto. Podía ser, porque él no era moralista ni religioso. Recuerdo que cuando descubrimos *El jardín de las delicias* en el dormitorio, sólo comentó, en inglés, que good old Hieronymus se divertía pintando.

Me daba igual, fuera lo que fuera. Una rabia nueva hervía en mí a borbotones, y quise que él sufriera. ¿Eso era lo que él mismo buscaba al darse golpes en la cabeza? Pues entonces que sufriera. Que se reventara el cráneo y le saltaran los sesos. Que se tirara por la ventana: yo estaba ahí para celebrarlo. Y en últimas me daba igual; la suerte de ese desconocido que tenía a mi lado ya no era de mi incumbencia. Quién era él, qué quería de mí, qué enredo había tramado: me daba igual. No me interesaba entenderlo, sólo quería escapar de él.

Durmió toda la mañana siguiente y hacia el mediodía se levantó, dejó que le limpiara una herida fea que se había abierto, pidió aspirinas y quiso que le pusiera una bolsa con hielo en los moretones. Lo hice sin sentir nada, como sonámbula: había levantado una muralla entre él y yo. *Lear disowned by Cordelia.*

Tan pronto pude, corrí al pueblo a llamar a mi madre. Iba a decirle que me enviara

inmediatamente el tiquete de regreso y algo de dinero, porque yo me devolvía.

Eso iba a decirle. Había practicado mil veces las frases que pronunciaría. Sin embargo, cuando contestó sentí ternura hacia ella, y una culpa inmensa. Culpa de dejarla por fuera, de estar quitándole al marido, de suplirla en el lugar que le correspondía. No sé bien de qué, en todo caso culpa y lástima. Y le dije una cosa totalmente distinta a la que había planeado.

Vente, mamá, le pedí, creo que casi le rogué, vente a pasar una semana aquí, con nosotros.

Ella aceptó enseguida, como si desde el principio hubiera estado esperando que la invitaran, y en un par de días ya estaba aterrizando en Florida.

Fui sola al aeropuerto a recibirla, y desde el momento en que la vi, caí en cuenta de que acabábamos de poner en movimiento una situación muy complicada. Una puesta en escena forzada hasta lo imposible. Mi madre se había pintado el pelo para esconder las canas, venía de vestido nuevo, cejas depiladas, ojos maquillados y una gran sonrisa, y, la verdad, se veía diez años más joven que antes. Eso me arrequintó la culpa y la lástima, y un desasosiego horrible, revuelto con acidez estomacal. Nos estábamos hundiendo en eso que en inglés llaman awkwardness, que no tiene traducción al español y que apunta a algo irremediablemente incómodo, ridículo, fuera de lugar.

Desde el principio mi madre abordó a mi padre de una manera absurda, a medio camino entre la coquetería y el reclamo. Y, pobrecita ella, su táctica producía resultados contrarios a lo esperado. Medio me partía el corazón verla en ésas y medio quería ahorcarla, cómo era posible que no se percatara de la indiferencia de él, sus permanentes excusas, su insistencia en que el exceso de trabajo lo obligaba a permanecer mucho tiempo en la universidad. Pero ella como si nada, seguía exhibiendo las piernas en medias veladas y bañándose en Very Irrésistible, de Givenchy; lo recuerdo porque el nombre de su perfume no podía resultar más desafortunado. Pero ella seguía adelante hasta la victoria, la pobre, sin darse por vencida. Preparaba la cena para esperarlo, aunque yo le insistía en que no se pusiera en ésas porque no valía la pena. Y la comida se enfriaba en la mesa, porque desde luego mi padre no llegaba.

¿En algún momento sospechó mi madre que algo raro sucedía entre mi padre y yo, o el instinto materno le indicó que yo estaba pasando por un infierno? Creo que no. Como siempre, yo era invisible para ella, y peor ahora, que se empeñaba en la reconquista de su hombre.

Una tarde preparé café para ambas y me senté junto a ella en la terraza del apartamento. Mi padre había salido, estábamos solas en ese atardecer de temperatura amable, con un cielo azul violeta y un sol poniente que caía suavecito sobre la piel. Quise aprovechar ese momento, que de alguna manera parecía íntimo, casi confesional, para decirle algo, conversar con ella, dejarle entrever aunque fuera un atisbo de la angustia que me acogotaba.

¿Cómo estás, mami?, le pregunté bregando a romper su mutismo, y ella me respondió como siempre: Ahí voy.

—¿Cómo estás?

—Ahí voy.

Desde niña venía haciéndole la misma pregunta con la esperanza de que ella me abriera su puerta, que en cambio permanecía cerrada bajo la misma, rutinaria, respuesta: Ahí voy. ¿Bien o mal, mami?, era la pregunta siguiente según un orden que se repetía, de antemano condenado al fracaso. ¿Vas bien, mami, o vas mal? Y entonces ella, que no hablaba francés, respondía por alguna razón en ese idioma: Comme ci comme ça. Con un gesto amargo de la boca y un ondular lánguido de la mano: Comme ci comme ça. Ni aquí ni allá, ni bien ni mal, ni así ni asá. Como si fuera una planta. A mí me descorazonaba comprobar una y otra vez que quizá mi madre fuera

eso, una planta que flotaba en sopor vegetal.

—¿Tienes hambre, mami, quieres que prepare una ensalada?

—Ahora no, esperemos a que llegue tu padre.

—No va a llegar, mamá, comprende eso. Aunque llegue, no va a venir, aunque venga no va a estar aquí. ¿Entiendes eso, mami?

Pero ella, firme en su condición de planta, insistía en que ya se hacía noche y mi padre no debía tardar, y con voz de niña triste se soltó a enhebrar historias del año del ruido sobre sí misma y sus hermanas y las gentes rencorosas del pueblo en que vivían, con una cadena de reclamos y un recuento de injusticias que a mí me aburrían sobremanera, más un repaso de los mil tejemanejes de una tal herencia que debía haber recibido pero le birlaron. Así que me desconecté, como hacía siempre que ella se entregaba a sus reminiscencias adoloridas, y la dejé hablándole al mar lejano.

Hoy me pregunto si no debía haberla escuchado, si no sería ésa su manera de decirme algo, de tender un puente, de llenar el profundísimo bache, de hacerme comprender que ella comprendía. Me pregunto ahora si no habría sido ésa nuestra oportunidad, si no la dejamos escapar. Me pregunto también si no sería más bien yo la que actuaba frente a ella con la insensibilidad y la sordera de una planta.

Una cosa estremecedora y extraña sucedió un poco más tarde en ese mismo atardecer de la terraza, ya casi a oscuras. Aunque la temperatura había bajado seguíamos allí sentadas, yo con mi revoltura de demonios por dentro, ella con su listado interminable de quejas, y muy instalado entre ambas un silencio espeso.

A unos pasos de nosotras, en la propia terraza, una media docena de palomas picoteaba las migas de pan que mi madre les había esparcido, cuando de repente cayó sobre ellas desde el cielo, con una brusquedad inusitada, una gaviota que utilizó el pico como tenaza para atrapar a una, le desgajó un ala con un tarascazo de ese pico que parecía dentado, luego le arrancó la otra ala y la zarandeó con virulencia y la arrinconó, casi que a mordiscos, para rematarla. Lo hacía con tal premeditación y despliegue de saña, que mi madre y yo quedamos heladas.

Aquello resultaba tenebroso porque la cabeza rechaza la idea de una gaviota carnívora y ciega de ira, y porque su tamaño no era mucho mayor que el de la paloma, lo cual hacía que su absoluta superioridad proviniera de una voracidad de fiera.

Supongo que mi madre y yo intentamos espantarla con unos gritos y unos aspavientos que la gaviota ni siquiera debió percibir en medio de su empecinamiento caníbal, porque siguió encarnizada contra su víctima hasta que alzó vuelo con ella en el pico, pero a duras penas, casi a ras de suelo; la paloma debía resultarle una carga gorda y pesada.

Fue tan brutal ese inesperado centelleo de violencia por parte de un animal que siempre has visto como pacífico, que mi madre y yo quedamos pálidas y demudadas, y medio temblando.

Estás blanca como una sábana, me dijo tras la conmoción.

Yo le dije que ella también, y nos reímos al vernos en plan espectro, y hubo ese instante, ése solo, de distensión y de cercanía.

Más tarde la portera del edificio, una mujer inmensa en bermudas y chanclas, comentó que las gaviotas andaban a la caza de palomas y ratones desde que los peces escaseaban por esas costas, y aseguró que ella personalmente había visto cómo una se llevaba en el pico a un gatito recién nacido.

En cuanto a mi padre, ¿qué bullía entre su cabeza por aquellos días innombrables? No mucho, creo; parecía en un estado de ralentí mental. No hablaba, mascaba sus semillas de cardamomo, se

hacía el loco. O directamente era loco. Se sentiría incómodo, supongo, al tener que esperar a que pasara la semana para que mi madre se fuera, y él y yo pudiéramos regresar a la situación anterior. Pero se lo tomaba con soda: se despertaba poco antes del mediodía y regresaba bien pasada la medianoche. O mi padre tenía un sentido práctico apabullante, al margen de cualquier consideración sentimental o moral, o mi padre era un sociópata. Posiblemente ambas cosas.

Aun así, a veces reconstruyo los hechos de otra manera. Veo en el silencio de él una gran angustia. En su obstinación veo compromiso, decisión de jugarse a fondo. Recupero su imagen de hombre convencido de su amor por mí y dispuesto a defenderlo pese a la aberración de la fórmula. Sin amedrentarse ante la aberración de la fórmula. Un retador de los límites, un libertario a cualquier precio, un sacrílego.

Luego vuelvo a verlo como el hombre pasional y violento que en unas semanas me lastimó para siempre. Tal vez la ambigüedad sea el más difícil de sus legados: por mucho tiempo lo odié, y sin embargo lloré a mares cuando me llegó de lejos la noticia de su muerte.

Y en cuanto a mí, ¿cómo sobrevivía yo en esos días indescriptibles? Tensión al límite y sentimientos encontrados. Por un lado, el corazón en pedazos de quien está perdiendo lo único que tiene: el amor torcido del padre. Y por el otro, la apuesta ilusoria de que cada quien pudiera ocupar su lugar, mi madre esposa de mi padre, y yo, hija de ambos. Ellos adultos, y yo niña. Me serenaba, por ejemplo, que ellos se sentaran en el coche delante, como pareja, y yo detrás; me hacía sentir que quedaba restituida alguna noción de orden. Una noche fueron a visitarnos a casa los colegas de mi padre y nos vieron por fin conviviendo como familia equilibrada, compuesta por padre, madre e hija. Recuerdo haber pensado con alivio que si esa gente albergaba dudas, esa visita las disiparía.

No volví a dormir. Les cogí pánico a las noches, tan largas y sin reposo, disparadas a mil por hora, aguijoneadas por un ejército de alfileres que peleaban entre sí. Desde la llegada de mi madre, compartía con ella la habitación de las camas gemelas, y mi padre se había quedado en la otra, la del Bosco y sus gusanos. Más de una vez en la noche lo sentía entrar al baño y de allá volvía a llegarme su señal, misteriosa y secreta: una tos, agua que corría, pasos sobre las baldosas. Pero si antes esos ruidos me atraían como un imán, ahora me aterraban. Aguantaba las ganas de orinar con tal de evitar el baño. Hubiera querido abrazar a mi padre, pero no ahí, no así. Hubiera querido quererlo de otra manera, darle vuelta a la naturaleza de mi amor, expulsar los bichos negros de la charca, exterminar la ponzoña de gusanos. Limpiarlo todo y dormir en paz.

Y al mismo tiempo me moría por verlo, o simplemente me moría. Y me quedaba inmóvil y muerta entre esa cama, y agradecía que mi madre estuviera dormida al lado, como un cancerbero. ¿Mi madre mi cancerbero, mi salvaguarda? Mi garantía. ¿Protégeme, madre? ¿Quiéreme? O al menos vuelve a contarme la historia esa insufrible de la herencia, dime por qué te peleabas con tus hermanas, cómo eran los tejados y las calles de tu pueblo. Ponme la mano en la frente, para que baje esta fiebre. Sácame de aquí, madre, guárdame en una burbuja, llévame contigo a la nieve de Suiza. Por lo menos despierta, dime algo.

Yo sólo buscaba descrecer. Dejar de estar en el centro para ocupar un rincón, el asiento de atrás del carro, la cama sencilla y no la doble, un lugar cualquiera entre los estudiantes de la universidad. Veía a mi madre dormir, sus canas disimuladas bajo la tintura, sus pechos caídos por falta de brassiere, y su cara, ya sin maquillaje, con los diez años devueltos. Y sin embargo una niña. Mi madre, ingenua y egoísta como una niña. Una pobrecita niña, sufridora y engañada, y demasiado mezquina para ser madre de nadie. La luz encendida del baño era una línea incandescente bajo la puerta cerrada, y en mi habitación a oscuras los papeles se invertían, yo la

madre de mi madre, yo la mujer de su esposo, como si yo la hubiera parido a ella y no al revés.

Durante el día me desplazaba como entre brumas, movida por un cansancio extremo y electrizado. Se acercaba el fin de semana y el regreso de mi madre estaba encima. La ayudé a empacar su maleta, y en un momento en que salió de compras, me apuré a empacar la mía. Recuerdo que recogí cada una de mis cosas, hasta las más insignificantes, un bolígrafo, una pinza de pelo, una media olvidada entre la secadora: no quería que quedara nada mío. Como si yo nunca hubiera pasado por allí. Barrí, fregué, limpié obsesivamente para no dejar ni un pelo mío en el desagüe, ni siquiera mis huellas digitales en los picaportes. Como si aquello fuera la escena de un crimen. Que cuando él buscara mi rastro, no pudiera encontrarlo.

Escondí mi maleta ya lista debajo de la cama, compré pasaje en el mismo vuelo que mi madre y con su tarjeta de crédito, sin decirle nada e ella. No quería que lo comentara con mi padre. La noche anterior a su viaje, dejé que ellos dos se despidieran. El vuelo salía de madrugada y él dormía hasta tarde, así que se dijeron adiós como si ya no fueran a verse más. Para mi madre una situación desgarradora, supongo; para él, apenas desapacible.

Llegada la hora, le llamé un taxi a mi madre, bajé con ella, metí su maleta al baúl, la ayudé a subirse. La primera luz ya aparecía en el cielo, estaba el motor en marcha y el taxímetro marcando: todo listo para salir hacia el aeropuerto. Y justo en ese momento, y no antes, le pedí al taxista que me esperara cinco minutos.

Regresé al edificio, llamé al ascensor, y como tardaba en bajar, subí corriendo los cinco pisos y entré jadeando al apartamento. Mi padre dormía, profundamente, casi inconsciente, como en cada amanecer tras sus noches desveladas.

—Despiértese, Perucho —lo sacudí, agarrándolo por el hombro.

Despiértese, le dije, despiértese. Yo a él siempre lo traté de usted. Nunca de tú. Supongo que porque no llegué a conocerlo.

—Todavía no, Ana, déjame dormir otro poco —me pidió, con los ojos entrecerrados y tuteándome, porque él a mí sí me trataba de tú.

—No, Perucho, no. Tiene que despertarse, Perucho, porque me voy.

Se sobresaltó, como si se le hubiera caído el techo encima, y quedó sentado en la cama con los ojos muy abiertos.

—Me voy, Perucho, pero yo vuelvo. No se ponga mal, que yo vuelvo —le prometí.

Y lo dejé ahí, como derrumbado entre esa cama, con el aspecto más derrotado, más desolado que le he visto nunca a nadie. Agarré mi abrigo y mi maleta y salí de ahí cargando con una culpa enorme, como quien abandona a un niño. Culpa ahora doble: por haberlo amado, y porque iba a abandonarlo.

—Yo vuelvo, Perucho, se lo prometo. No se ponga triste que yo vuelvo, ¿oyó? ¡Yo vuelvo, se lo prometo! —le grité desde la puerta, antes de cerrarla detrás de mí.

Nunca volví. No cumplí mi promesa.

A veces pienso que él estaba tan seguro de mi amor, que en ningún momento sospechó mi escape. Otras veces pienso que siempre lo supo, y que se quedó dormido para dejar que ocurriera.

—Voy a tomar ese avión contigo —le anuncié a mi madre, ya en el taxi, y ella asintió sin preguntar nada.

Nunca supe si mi madre supo, o si sospechó. Supongo que sí, porque al regreso me dijo que yo

debía ir a ver a un cura. No lo hice, y ella no insistió.

Años después sufrió un infarto de miocardio en el baño de un apartamento que yo había alquilado para ella a unas cuadras del mío, y no vine a enterarme de su muerte sino hasta el día siguiente, cuando la mujer de la limpieza llamó a informarme. En un baño tenía que morir mi madre, porque es mi sino que las cosas decisivas me sucedan en los baños.

Tal vez ella conocía ya demasiado de abandonos cuando la dejó mi padre, asestándole así el golpe definitivo que la volvió atónita, olvidada de sus hijos y ajena a sí misma. Tal vez. Murió así, de golpe, y me quedé sin preguntarle dónde había estado todos esos años, viviendo a mi lado como si estuviera a kilómetros de distancia. Nunca supe en qué bahía de su propio pasado se había quedado anclada, ni desde cuándo remaba como sonámbula por el río quieto de la indiferencia. Todavía me ronda la duda de si habría ido mi madre aquella vez a Florida para ayudarme. En realidad estoy segura de que no, y le guardo por ello un rencor sin fisuras. Pero a veces sospecho que sí, que alguna posibilidad queda, y entonces la perdono y le pido perdón.

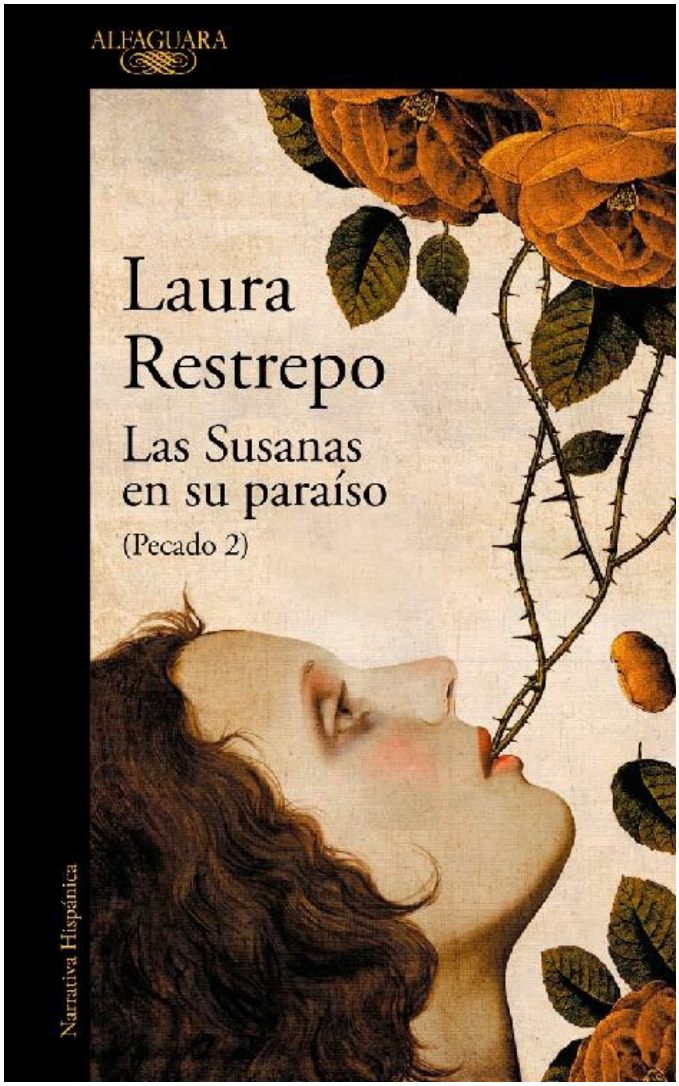
Quién sabe. Sólo sé a ciencia cierta que mi madre murió así, de golpe y en un baño, y que en muerte fue un ser tan lejano como lo había sido en vida.

En cuanto a mí, entré enseguida a estudiar literatura, y empecé a escribir. Me casé rápido, todavía muy niña. Lo hice sin pensarlo, y no con Juanjo, el de la moto, sino con otro que acababa de conocer. Uno intelectual, muy lector, mayor que yo, poeta, profesor universitario, alto y flaco. Tuve a mis hijas y como pude me fui haciendo adulta, casi al tiempo con ellas. Luego me separé, y a lo largo de los años me casé otras dos veces. Y otras tantas veces volví a separarme. Todos mis tres maridos intelectuales, lectores consumados, profesores universitarios. Los tres, sombras de Perucho, reproducciones pálidas.

¿Por qué escogí a esos hombres, y no a otros? Quién sabe. Habrá sido mi manera de cumplir, al fin de cuentas, con el regreso que le prometí a mi padre. O habrá sido más bien que me gustan los libros, y me enamoro de los buenos lectores.

En el próximo relato...

LAS SUSANAS EN SU PARAÍSO
Un relato sobre la vanidad



Segundo relato de los siete que componen *Pecado*, el nuevo libro de Laura Restrepo, que se comercializa en digital de forma seriada y con antelación a su publicación en papel, diariamente a partir del 11 de marzo.

«Daban la dicha por descontada, como algo que está ahí, en un pozo eternamente; como si las aguas de ese pozo les correspondieran por derecho propio. Así eran ellas, las Susanas. Hay algo que sabe el diablo por viejo pero también por diablo: como todo paraíso, San Tarsicio podría transformarse de la noche a la mañana en un infierno.»

Así se presentan las protagonistas de «Las Susanas en su paraíso», un relato sobre tres hermanas indiferentes o vanidosas perteneciente al libro *Pecado,* donde *El jardín de las delicias* de El Bosco parece haber dejado de estar colgado en el museo y se muestra más real que nunca, vivido por personajes de carne y hueso que nos confiesan al oído su particular relación con el mal. Sobre el lector recaerá el reto moral de condenarlos o, tal vez, de indultarlos.

Con la fuerza y la sensibilidad que caracterizan su literatura, Laura Restrepo indaga en la complejidad ética de la transgresión a través de una narración inquietante, original, por momentos aterradora y al mismo tiempo dulcemente humana. Cada pecado trae consigo su correspondiente culpa, pero también su gota de alivio.

Sobre la autora

Laura Restrepo (Bogotá, 1950) en 1986 publicó su primer libro, *Historia de un entusiasmo* (Aguilar, 2005), al que le siguieron *La Isla de la Pasión* (1989; Alfaguara, 2005), *Leopardo al sol* (1993; Alfaguara, 2005), *Dulce compañía* (1995; Alfaguara, 2005), *La novia oscura* (1999; Alfaguara; 2005), *La multitud errante* (2001), *Olor a rosas invisibles* (2002; Alfaguara, 2008) y *Delirio* (Premio Alfaguara 2004). Sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas y han merecido varias distinciones, entre las que se cuentan el Premio Sor Juana Inés de la Cruz de novela escrita por mujeres; el Premio Alfaguara de Novela 2004; el Prix France Culture, premio de la crítica francesa a la mejor novela extranjera publicada en Francia en 1998; el Premio Arzobispo Juan de Sanclemente 2003, y el premio Grinzane Cavour 2006 a la mejor novela extranjera publicada en Italia. En la actualidad escribe para el diario *El País* de España y es profesora de la Universidad de Cornell en Estados Unidos.

© 2016, Laura Restrepo
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2397-5
Imagen de cubierta: Ilustración inspirada en la obra de Christian Schole, *Secret of the Rose*
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Alma María Díez Escribano
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

La promesa
En el próximo relato...
Sobre la autora
Créditos